



VICENTE GERBASI.—"Olivos de Eternidad".—(Poemas).—Editorial Jerusalem Post Press.—Jerusalem, Israel.

Vuelve a ratificar sus triunfos de gran poeta nuestro Vicente Gerbasi. Su último libro de poemas cuyo título es el mismo que inicia estas líneas, lo demuestra una vez más. A cada título de sus producciones que ya suman doce, Gerbasi hace gala de sus cualidades en las que la mayor es el acentuado lirismo, alto y puro como una llama celeste, que lo ha distinguido entre nuestros poetas contemporáneos.

Hace tiempo no sentía yo tan honda emoción en la cultura de un libro de poemas, como ésta que he sentido ahora ante *Olivos de Eternidad*. Es un libro excelente, dedicado a quien en el campo de la música podría aparejarse al poeta: Claude Debussy. Y está inspirado en aquella región de símbolo donde parecen a veces estar fincados muchos de los orígenes de la humanidad y donde están hundidos definitivamente en raigal concepción inmortal los que nutren el cristianismo: "Yo subo a ti, Jerusalén, — llevado por el oscuro viento de los siglos, — piedra a piedra, — y allí, entre tus muros de hueso carcomido, — en tu noche melódica, — abro tu Libro bajo los relámpagos". Y poseído de este aire de antigüedad, tenso de vibración creadora, comienza el poeta a utilizar en reco-

rrido deleitoso que se advierte en la plenitud de la imagen, los elementos que en aquella latitud geográfica y dentro de ese mundo cobran una resonancia y prestan encantamientos singulares al poema. Y como iluminado por el fulgor de una lámpara allí mismo labrada, alumbrando las edades, en las que las criaturas humanas... "elevan la mirada hacia ti, Jerusalén, — toda abrigada en tus muros como una herrería — donde las generaciones, — forjan un candelabro, o un arado, — o la trompeta que suena en las edades. "Perfecta concepción esta de una ciudad que es matriz del espíritu que ha resistido más reclamente la corrosión de los siglos, donde el hombre hace el candelabro y se vuelve así portador de la luz, y usa el arado, símbolo de la preparación de la fecundidad, es decir, de la vida misma haciéndose, mientras la transmisión del conocimiento, el suceso de la experiencia, Historia misma en heredad, es pregona por las trompetas que la anuncian de unos a otros. Todo esto, ¿no es acaso nuestra más absoluta temporalidad, así concebida?

En sucesivos cuadros de esmaltadas coloraciones el poeta descubre las más bellas realidades a su paso. Nos recuerda, sin parecerse en nada a él, los últimos poemas de Saint Perse, el preferido entre la joven poesía porque es de tal manera viva la incidencia del color en las elaboraciones que como tapices o como campos de flores o como cielos deslumbrantes de imaginaciones estos poemas, en los que predominan un azul muy distinto del rubendariano, resaltan en la opacidad de los días pasando en caravana de reiteraciones sin verdadero hallazgo para la poesía, cada día más esquiva en la individualidad de los elegidos.

Y las antiguas preguntas del ser y el no ser discurren en los poemas como ese instante más en el que se detiene frente a los muros de la ciudad antigua. Se halla esta actitud filosófica que es plena de con-

tenido en el poema VII, y en el IX en las páginas 24, 30, 35, 37. Y una caída tremenda, la caída de todo lo temporal en constatación de la muerte, de lo que vence el tiempo, del tiempo mismo vencido, es reiteración en cierta forma expresiva "que rueda por las piedras— tiempo abajo, — música religiosa abajo, — balido de oveja abajo"— Y cuya repetición en ciertos momentos vivencia es agudiza el rasgo de la confrontación entre el poeta que está fuertemente impresionado por la vida frente a la muerte objetiva, "en los resplandores enigmáticos del sol, — ciego de edades sagradas, — entre columnas de piedra — que guardan la memoria de los muertos", y su certeza absoluta de lucidez ante nuestra transitoriedad (Poema X) y en el III: "Soy una yedra que brilla en la muralla... No soy una apariencia — que enciende — una lámpara de aceite — para verse por dentro — a manera de cisterna reluciente — en que me ahogo" Pero la culminación de esta inquietud suprema de nombre y de destino varias veces aparece: "Una espada de luz — corta mi edad, — y ando en dos mitades — buscando mis manos — para juntarlas en un descanso. — Pero una mano — encuentra un fragmento de vasija, — y la otra, una semilla de dátil — muerta en la sequía. — Así está mi memoria — en este lugar sagrado del desierto, — donde las noches pasar — con un silencio azul — de fieras y planetas". En el Poema VIII se aprecia con fortaleza de treno bíblico, brillante y duro como evidencia de Dios certeza de la condición mortal que pide con humildad hermosa. Y es sucesiva y se renueva, como si diera tumbos, igual que una vasija de barro bajo el sol, en el Poema XIX.

Es el libro de un poeta veraz, desnudo en su tiempo, sincero como una oración que se hace trascendental por boca de elegido. Y así crece solitaria esta voz que debe ser oída y debe alcanzar grandes audiencias. Podrá apreciarse mejor así cuanto es verdad en el libro

y cuanto apenas pueda esbozarse en esta nota.

Como una melodía se inicia en ámbito de excelencias y revelaciones, va creciendo lenta y firmemente hasta alcanzar — a nuestro parecer, expresamente — cierta caída en la intensidad lírica que lo caracteriza al final, después de haber sido poseído y traspasado por las fulguraciones de la poesía. Esto se advierte en el Poema XVII, pese a la reanimación que le imparte un elemento no nombrado hasta entonces: la guitarra. Así al concluir con ese canto de estirpe épica, la reminiscencia de los árboles que en su "Bosque Doliente" dio la pauta de su rumbo lírico, alcanza aquí vigencia en la frescura de su supervivencia y en la validez misma del símbolo, fecundo y fragante como la vida y la poesía suya, donde lo letal, siempre expuesto a una intemperie de soles y de fuegos, se purifica y no retiene la mórbida y repulsiva desfiguración de la materia. De allí que sus símbolos preteridos mantengan su línea genealógica poética limpia, al parecer reiteradamente y descubrirse hermanos de sus poemas anteriores, como en "Mi Padre, el inmigrante". Sólo que, traspuesta la frontera de una geografía diferente, todos los elementos tradicionales y universales, pero aquí limitados, adquieren por ello en su libro de hoy, escrito bajo la directa aprehensión de esas objetividades, una emoción y una trascendencia valiosa en su obra, donde la redondez del aliento lírico, la madurez en el oficio, la sencillez alcanzada en los duros trances de acrisolamiento, ofrecen su belleza en cierta expresión que recorre amplísimo registro de la sensibilidad en más profunda actitud poética y humana. No es suficiente nunca una nota para hablar de un libro que impresiona sin caer en las limitaciones de espacio, aun en el rigor del señalamiento técnico. Por eso me resta sólo recomendar su lectura, que satisfará plenamente a quienes hemos seguido con sincero gusto la creación de Vicente Gerbasi.

Luz Machado de ARNAO